

á contemplar volvió por vez primera,
se sintió tan feliz, que de alegría
el joven trovador se comería
una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero á falta de pan, el pobrecito,
merodeando también como en Castilla,
comía, cual si fuesen pan bendito,
en Córdoba cogollos de palmito,
é higos chumbos bajando hacia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
— ¡Sevilla, patria mía! —
Pero apenas había
en el recinto de Sevilla entrado,
cuando Ginés, exánime y gozoso,
se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
ese artista ambicioso
que pretendía amar y ser amado,
tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI

Llevado al hospital, y satisfecho
cual Nerón moribundo,
pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
« ¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo! »
Y en la cama *ciento once* abandonado,
puesto á dieta, aunque hambriento,
se murió dulcemente y resignado
lo mismo que un pichón sin alimento;
y después de una autopsia inoportuna
que se le hizo á Ginés el sevillano,
declaró un cirujano
que se murió sin novedad alguna.

Y al difunto *ciento once*, al otro día,
sin inquirir el nombre que tendría,
las entrañas abiertas le juntaron,
y envuelto en los andrajos que traía,
por quitarle de en medio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
Y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!..
Después, ¡silencio, desaliento, nada!..

XVII

— Pero ¿y Dios? me preguntas compasiva.
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno? —
El Dios tierno, hija mía, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno;
y vive convencida
de que si ha puesto su paciencia á prueba,
tendrá la recompensa merecida,
y que al pobre Ginés en la otra vida
le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu aflicción, y ten presente
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
que no suele hacer Dios lo que consiente,
y que es común, desventuradamente,
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
mas que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!..



POEMA EN TRES CANTOS

A mi querido sobrino D. Cayetano de Alvear y Ramírez de Arellano

CANTO PRIMERO

CARTA DE UN TÍO PATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR
DE ESTE POEMA

I

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Navia es de Asturias la región más bella,
aun siendo Asturias lo mejor de España;
mas vete á descubrir á tierra extraña
de tu ambición la misteriosa estrella:
cual Mahoma al llamar á la montaña,
« pues no viene ella á tí, ve tú hacia ella. »

II

Vete á Madrid y arroja las cadenas
que te atan á los seres
que desde niño con el alma quieres,
y busca, en horas de entusiasmo llenas,
el fuego tentador de los placeres,
de la pasión las adorables penas,
el goce de la gloria y las mujeres.

III

No es el campo, sobrino,
la tierra en que germina la ventura
del humano destino,
aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,

con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve
los cambios incesantes
de la lluvia y la nieve,
aunque nos juren antes
que cada vez que llueve
hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte á la verdad más importuna
que tengan que gozar desde la cuna
nuestros sentidos, de placer sedientos,
la insípida fortuna
de ver y oír atentos
un día y mil, sin diferencia alguna,
ruidos del mar, rumores de los vientos,
rayos del sol, matices de la luna!

IV

Mientras á Dios le ruego
que te dé su ventura,
y en tanto que con mística ternura
á su divina voluntad me entrego
(pues en cosas de fe, según el cura,
para ver algo claro hay que ser ciego),
tú aléjate contento
y realiza el feliz presentimiento
que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Navia es un convento;
si tienes corazón y entendimiento,

echa el mundo á un rincón y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
tengo hoy motivos graves,
pues he visto ayer tarde á los vencejos
volar de cierto modo; y tú ya sabes
que los augures viejos
el porvenir leían desde lejos
el vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
y afronta la ambición con alma fuerte;
así te evitarás la triste suerte
de ver, cual yo, pasar en lontananza
después de una esperanza, otra esperanza,
¡y luego otra! ¡y luego otra! ¡hasta la muerte!

V

Y mientras corre la existencia mía
en ver cómo tu tía
el tiempo, el oro y la paciencia gasta
en vestir de la iglesia los altares
(imitando en lo buena y lo entusiasta
la esposa del Cantar de los Cantares
furiosamente enamorada y casta),
tú, parodiando en su afición guerrera,
y aunque sea también en lo hugonote,
á tu tío Fabián, el calavera,
que es más loco y matón que un Don Quijote,
vete á ser gran artista, ó gran guerrero,
con frente altiva y corazón entero,
pues no hay cosa mejor que ver á un hombre
cómo eleva su nombre
á Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunque sé que en los campos hay momentos
en que templan del mundo los pesares
rumores de las aguas y los vientos,
flores, aves, amores y cantares,
quiero que tengas siempre en la memoria
que, más que este placer, vale la gloria
de sacar del olvido
una raza, aunque noble, sin historia.
Y cuando, ausente del paterno techo,
el cielo te depare honra y provecho,
y la envidia, encubriendo sus rencores,
grabe en letras de molde tus loores,
tu tío los leerá más satisfecho
que una niña que escucha desde el lecho
en la alta noche una canción de amores.

VI

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
Un sepulcro sin paz es cada aldea.
Estaba San Jerónimo en lo cierto

cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto.»
Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
mil veces un placer desconocido
cuando, al morir el sol en Occidente,
se apaga todo ruido
y se oye solamente
el himno de las aguas de la fuente,
la elegía sin fin del mar dormido,
tú abandona los tiernos amorcillos
á esos pechos sencillos
que hasta encuentran un son que los recrea
en el ritmo invariable de los grillos
que cantan en los prados de la aldea;
y lleno de ilusiones,
ten, sobrino, presente
que del mundo en las múltiples regiones,
sólo es vivir realmente
cuando son nuestro pecho y nuestra mente
un huracán de ideas y pasiones.

VII

Y pues me deja el sol, también te dejo.
¡Adiós! que siendo de virtud espejo,
no aficiones jamás tu mano avara
del oro y de la plata al vil manejo.
Fortuna grande y pronta es cosa rara,
y, como dice un castellano viejo,
nunca el Duero creció con agua clara.
En la pública escena
no adules para nada
la multitud, que es ignorante y buena.
Con la frente serena
defiende con tu lengua y con tu espada
la noble condición de los Pompeyos;
y, digno siempre de tu estirpe honrada,
no enrojezcas con ácidos plebeyos
la sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
que tenga mejor corte que los míos:
es propio el buen vestir de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tíos
es *Celedonio Campoamor*. — ¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO

CARTA DE UN TÍO MATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR
DE ESTE POEMA

I

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
No lo quiero creer; mas si te alejas,

en tu vida azarosa
verás por cada joven veinte viejas,
y cien feas ó más por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
no encontrará en la tierra un solo amigo,
ni una mujer constante...
Hago mal en decir esto que digo,
pero, en fin, ya lo he dicho, y adelante.

II

¿Insistes en partir? ¡Ay! por lo visto,
ebrio de amor, de gloria y de riqueza,
comienza á fermentar en tu cabeza
la fecunda ilusión de la imprevisto.
Márchate, pues; que mientras tú emponzoñas
tu corazón, que es bueno como el mío,
en el campo tu tío
con pedazos de caña hará zampoñas;
y siendo ya además tan buen creyente,
como esas almas bellas
que candorosamente
llaman cielo al espacio y las estrellas,
con sano corazón y pura mente,
entre mozas de bien y lugareños,
compondré mi ventura fácilmente
con flores y con luz, música y sueños.

III

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
que de mí se ha de hacer larga memoria
al relatar los escritores graves
las grandes niñerías de la historia:
pues en la guerra han sido,
si mal reconocidos, muy sonados
los golpes que yo he dado y recibido;
aunque si he de ser franco, bien contados,
son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿A quién no causa risa la memoria
de un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi historia:
después de mucho amor y mucha gloria,
¿qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza

IV

Como ya en un rincón busco el reposo,
á la pobreza y la virtud me atengo;
y, puesto que es forzoso,
después que me he metido á virtuoso,
desprecio mucho el oro que no tengo:
pero, hablando, cual suelo, vivo y claro,
te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
que hoy bebo de lo tinto solamente,
yo que siempre he bebido de lo caro;

y vuelvo á confesarte con franqueza
que, en mi suerte variada,
después de haber gozado la riqueza,
no conozco una cosa más forzada
que entrar en la virtud por la pobreza;
y es que tener dinero y ser soldado
sería un imposible realizado,
como el milagro de tu tía Andrea,
que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
hoy de tu tía el mérito rebaja
un hombre como yo, que siempre ha sido
soldado del amor hasta que, herido,
la fuerza de la edad le dió de baja;
mas aunque yo en materia de placeres
puedo jurar por Venus y por Baco
que, excepto el vino, el juego y el tabaco,
no tuve más pasión que las mujeres,
permíteme que escriba,
aunque sé que te pesa,
contra una lugareña tan altiva
que, porque fué alcaldesa,
se peina pelo arriba, pelo arriba,
lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
quien sabe que tu tía, aunque es tan lerda,
domina á Celedonio de tal modo
que bi-sexual, por imitarla en todo,
se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz sin embargo, y yo te juro
que ya vivir oscuro
como tu tío Celedonio quiero,
que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
recita de memoria á Horacio entero;
y entre un mastín y su mujer, seguro,
vegeta sin pasado y sin futuro,
siendo de enero á enero
feliz como los cerdos de Epicuro,
de los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V

¡Qué vergüenza la mía!
Oye aparte una cosa reservada:
al volver á esta patria abandonada,
ha renacido en mí la idolatría
de una antigua pasión, tan adorada,
que dí una vez por ella una estocada
á un inglés muy grosero que bebía,
lo mismo que si fuese una ambrosía,
un fermento de lúpulo y cebada.
Y pese á mis enormes desengaños,
adoro, en cuanto es dable, con ahinco
á esta hermosa mujer de treinta y cinco,
que tenía cuarenta hace diez años.